
INTRODUCCIÓN

Hace catorce años, cuando se publicó por primera vez el resultado del trabajo de campo que fundamenta este libro, yo no era más que un niño. Tenía ocho años y me dejaba llevar por la vida, como hicimos todos a tan tiernas edades, confiando en el buen criterio de mis padres. Fue entonces cuando me llevaron con ellos a recorrer toda la Galicia interior mientras buscaban, visitaban y entrevistaban a las viejas tejedoras.

Recuerdo la mayoría de los pequeños detalles de aquellos viajes mejor incluso que mis padres. Las carreteras tortuosas e interminables entre las montañas, la lluvia golpeando furiosa el parabrisas de nuestra vieja furgoneta, el placer al topar con buenas personas que nos abrían la puerta de su casa y hacían un enorme esfuerzo por recordar lo mucho o lo poco que sabían del oficio, la frustración al llegar hasta casi el fin del mundo para no ser bien recibidos... También recuerdo la paciencia con la que mi madre, María José Lois, entrevistaba a las tejedoras en su mejor gallego, mientras mi padre, José Ortiz, fotografiaba y medía piezas para luego dibujarlas.

En aquel momento, el oficio se encontraba en un estado de decadencia total, y las pocas tejedoras que quedaban en activo lo hacían casi por pura pasión, la mayoría en telares viejos y desvencijados, arrinconados en cuadras y *palleiras*¹ oscuras, cuyas paredes y tejados amenazaban con derrumbarse de un momento a otro y sepultar el telar, los útiles, la tradición y a la propia tejedora. Ellas mismas consideraban que lo que sabían y lo que habían producido durante toda su vida no valía nada porque era “antiguo”, había sido superado por la industria.

En honor a la verdad, hay que reconocer que el origen real de este proyecto se remonta al año 1997, cuando María José Lois estaba impartiendo un curso de tejeduría a un grupo de mujeres rurales en Pedrafita do Cebreiro (Lugo) y aprovechaba las mañanas libres para desplazarse por la zona en busca de tejedoras tradicionales, intentando aprender de ellas todo lo posible, sabiendo del poco tiempo que quedaba para ello. Entonces, movida por la consciencia de la rápida desaparición del oficio y por la parcialidad de los estudios publicados, hechos siempre por personas académicas, que desconocían la técnica textil y no parecían estar recogiendo la riqueza real que se perdía, decidió pedir una subvención para hacer, junto a su compañero (mi padre), un estudio en profundidad del tema.

1. La *palleira* es el lugar donde se guarda la hierba seca o la paja, y también los aperos de labranza y el carro.

Así fue como acabaron trabajando con su amigo, y colega de profesión, el tejedor Albino Quinteiro, y publicando la primera edición de este estudio el año 1998, patrocinada por la Xunta de Galicia. Por desgracia, la obra se alargó en el tiempo más de lo previsto y, ante la impaciencia de las autoridades, fue a la imprenta inacabada. Por eso hoy nos vemos obligados a presentar este nuevo libro, corregido, enriquecido con un buen respaldo documental y acompañado de fotografías que pretenden mejorar las precedentes. Esperamos que resulte agradable, asequible a cualquier lector interesado en el tema al tiempo que útil al tejedor que quiera aproximarse a las técnicas tradicionales. En esta ocasión, el apartado histórico que acompaña a la explicación de cada una de las materias primas se centra en Galicia, por lo que no se remonta más allá de la Edad Moderna, y es que una aproximación arqueológica a los orígenes de cada material nos llevaría muy lejos de este territorio.

Uno de los mayores problemas a los que se enfrentaba este estudio era la escasez de informantes, ya que si bien las labores de transformación del lino o el hilado de la lana se hacían casi en todas las casas y son actividades bien documentadas, no ocurría lo mismo con la tejeduría, sobre todo durante la primera mitad del siglo XX. Las tejedoras eran pocas y estaban dispersas, aunque con una mayor concentración en zonas aisladas del interior, como la frontera entre Ourense y Zamora o la montaña de Lugo, donde, en tiempos, había un telar en cada casa. Hay que tener en cuenta que aún en esas zonas solo sabían tejer la tejedora y, a veces, otra mujer de la casa, mientras los demás no tenían el menor conocimiento del oficio.

Las tierras donde encontramos mayor tecnología textil fueron el Val do Lemos (Lugo) y Viana do Bolo (Ourense), donde se hacía felpa cortada, terciopelos con los complejos telares necesarios para ello, variantes de *repaso vello* y del *punto liso* que solo aparecen en estos lugares... Además, fue en aquellas tierras donde encontramos más telares, muchos de ellos abandonados y alguno ardiendo como leña en el mismo momento en que llegamos a hacer la entrevista.

Y es que, hace catorce años, cuando la media de edad de las pocas tejedoras tradicionales que permanecían en activo rondaba los setenta, hablar de estado actual significaba reparar en una serie de cambios drásticos que establecían las diferencias fundamentales entre la tejeduría tradicional y la moderna tejeduría manual. Hoy no podemos hacer más que señalar los huecos dejados por la desaparición de una manera de hacer las cosas que ya no existe sino en los solitarios museos, en las mudas páginas de los libros y en el recuerdo, cada vez más difuso, de la generación que vio cambiar el mundo como ninguna otra.

Los viejos telares, semejantes a los descritos y dibujados en este libro, ya no tejen más que telarañas decoradas con polvo en las salas de los museos, esperando a que los visitantes se dignen robar alguna lanzadera² o a pisar en sus pedales, aunque solo sea por contradecir a los carteles de “no tocar”. Los más afortunados

2. Si el lector tiene ocasión de acercarse al Museo do Pobo Galego, observará que los telares no tienen lanzaderas, y es precisamente porque los visitantes se las llevaban.

pertenecen a tejedores y tejedoras profesionales que, aunque no los usen para su trabajo diario, los despiertan de su letargo para revivir las viejas costumbres ante los objetivos de las cámaras de los turistas ávidos de distracción. Los menos afortunados hace años que ardieron en el fuego o sirvieron de alimento a hongos y xilófagos, olvidados en alguna bodega oscura de alguna casa abandonada en alguna aldea despoblada.

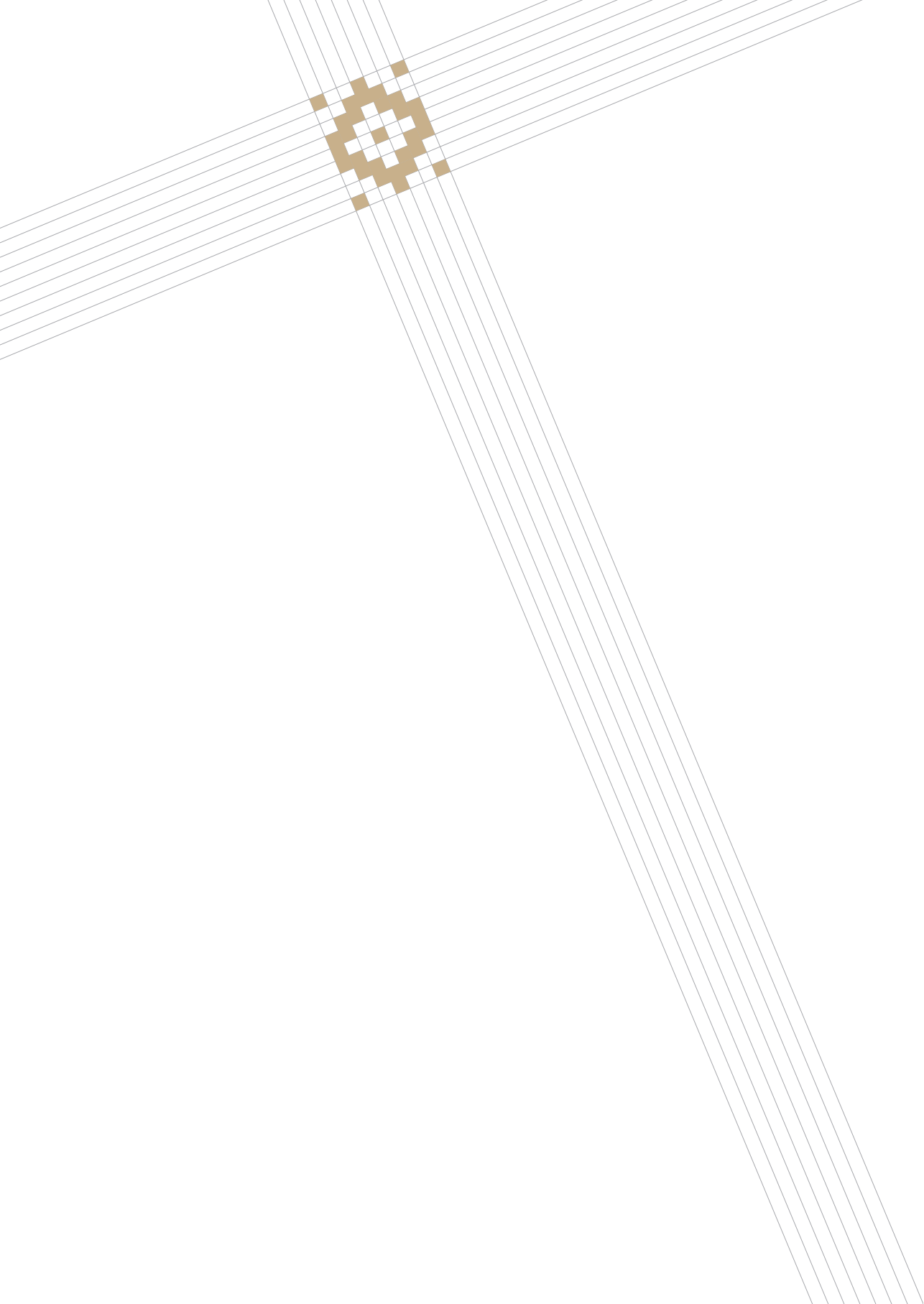
Lo mismo se puede decir de los elementos auxiliares del telar y del tejido, caídos en desuso por su rusticidad, ampliamente superados por sus homólogos modernos. Y lo mismo de los útiles para procesar el lino, y de todas las reuniones sociales que se organizaban en torno a aquellas labores. En el rural gallego apenas queda como huella, como recordatorio, algún artificio rebosante de barniz brillante colgado en la cocina nueva, esa que nunca se usa, mientras los ancianos, reunidos en torno al calor de la cocina bilbaína, cuentan a los jóvenes de hoy que en sus tiempos se juntaban por las noches para hilar y charlar los vecinos y vecinas del pueblo *“porque como no había televisión, para pasar el tiempo, o se hilaba o se hacían hijos”*.³

Las telas que solían producirse tradicionalmente han perdido totalmente su sentido, y como nadie demanda sábanas de lino, sacos de estopa, mandiles de lana o alforjas de burro, nadie hace ya estas cosas. Las afamadas colchas de felpa se siguen produciendo en telares modernos, pero a una escala infinitamente inferior a la que se dio en tiempos. Hoy, en Galicia, tan solo dos tejedoras aceptan encargos de colchas, y solo de media felpa. Las nuevas generaciones han apostado por diseños innovadores, combinaciones de materiales modernos y tradicionales y la producción, sobre todo, de complementos de moda, como chales, fulares o prendas singulares en fibras naturales, además de un restringido mercado de telas de lujo para alta costura.

Todas esas técnicas tradicionales ya desaparecidas, y las herramientas y accesorios empleados por las tejedoras gallegas para elaborar su producción, es lo que, entre otras cosas, iremos describiendo en las sucesivas páginas de este libro, con el objetivo de aportar un poco más de documentación y evitar que su olvido sea total.

Samuel Ortiz Lois, primavera 2012

3. Esto fue lo que nos dijo, textualmente, Luzdivina Pereira Arias, de A Porteliña (A Fonsagrada, Lugo).



atadas de esta manera se descolgaban del telar sacando el eje de las poleas de los lizos y levantando la parte superior del batán para liberar el peine. Luego se guardaban celosamente para otra ocasión en la que se quisiera repetir ese tipo de tejido. Las tejedoras se procuraban *perchadas* con diferentes enhebrados que se transmitían por herencia o copia, repitiéndolos de nuevo cuando de puro uso había que restaurarlas. Ya hemos visto que eran pocas las tejedoras que sabían enhebrar los lizos (vestirlos, de ahí que se llamen también *vestidos*), así que se prestaban *perchadas* entre ellas, ya que no podían tenerlas todas.



FIGURA 101.

Perchadas.

Izquierda: vista frontal por la parte del peine con los hilos de la urdimbre atados sin un orden demasiado cuidado.

Derecha: por la parte de los lizos, en donde se ven los hilos atados en cadena.

3.6.3.7. TEAR DE FLEQUES

Cuando la labor realizada era una colcha o un cobertor que mereciera llevar flecos, los hacía la propia tejedora con un pequeño telar de flecos o con un peine para flecos. Para que todos los flecos tuvieran la misma longitud, las pasadas libres se hacían alrededor de una tablita, un cartón o la mano, algo que diese una medida fija. Algunas tejedoras los hacían, como hemos visto al hablar del peine, en el telar grande, con el peine normal o con uno mucho más estrecho construido específicamente para esta labor. Con el peine normal hacían el fleco más ancho y luego cortaban por el medio, obteniendo el doble de longitud. Así es como se hacía en Vilariño de Conso,¹⁵⁸ lo que permitía hacer flecos con varias franjas de tafetán y líneas libres entre ellas para decorar luego anudando.

El peine para flecos (Figura 102), tanto solo como formando parte de un telar de flecos, era de ranura y agujero. Consistía en una tabla de madera, más raramente una chapa metálica o incluso una raqueta de plástico en los últimos tiempos, con ranuras paralelas, generalmente en sentido vertical, entre las que se practicaba una fila de agujeros redondos en el espacio que las separaba, dispuesta a la mitad de su longitud. Los hilos de la urdimbre para flecos se pasaban alternamente por las ranuras y los agujeros. Como los hilos de las ranuras podían desplazarse mientras los de los agujeros quedaban fijos, se podía abrir y cerrar la calada con un pequeño movimiento de la mano.

158. Allí no usaban telar de flecos.

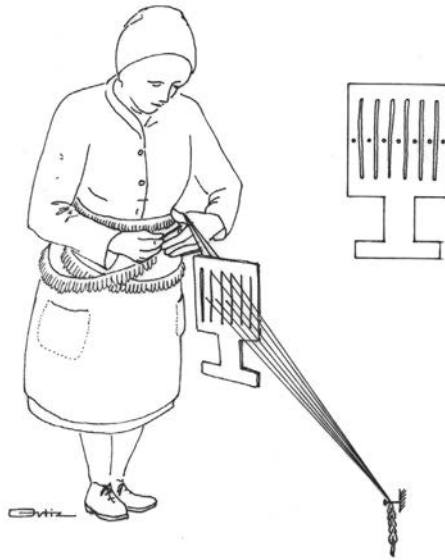


FIGURA 102.
Haciendo flecos con
un peine en Cervantes.

El telar de flecos, como se aprecia en los dibujos de las Figuras 103, 104 y 105, se componía de una base, con patas o no, sobre la que se fijaba un peine de ranura y agujero en un extremo y un rodillo en el otro para envolver la urdimbre, frenado normalmente por una rueda dentada y una estaca. Estos telarcitos podían incluir algún detalle decorativo. En los casos más evolucionados y de mayor tamaño contaban con dos pedales para poder subir y bajar el peine, abriendo así la pequeña calada (Figura 106).

Algunos casos poco frecuentes presentaban dos rodillos, como los telares grandes. Un ejemplo es el de la figura 104, de Veiga de Forcas, que es como un telar grande en miniatura, ya que tiene rodillo de arriba, rodillo de abajo y *pao da tea*, aunque, lógicamente, el complejo sistema de lizos y pedales se sustituye por un peine para flecos. En el Museo Comarcal de A Fonsagrada, se conserva como pieza única uno de hechura muy cuidada que tiene pedales y dos rodillos (Figura 106 B).

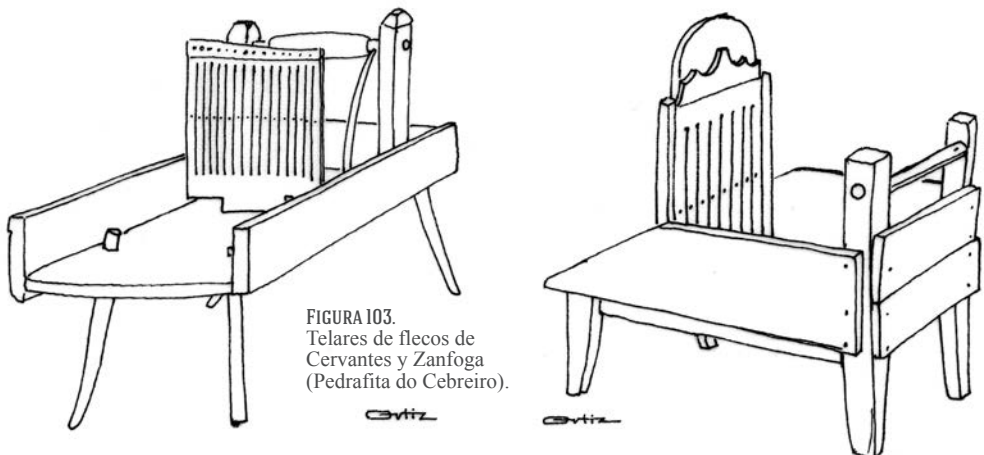


FIGURA 103.
Telares de flecos de
Cervantes y Zanfoga
(Pedrafita do Cebreiro).

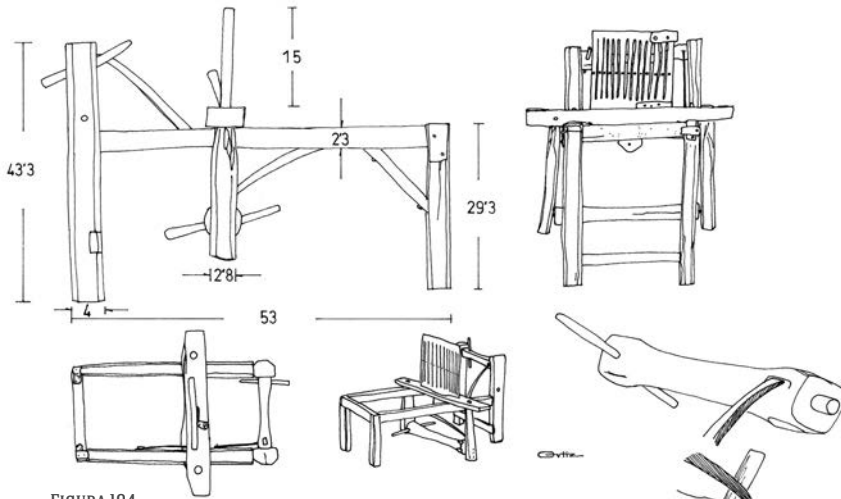


FIGURA 104.
Telar de flecos de Veiga de Forcas (Pedrafito do Cebreiro).

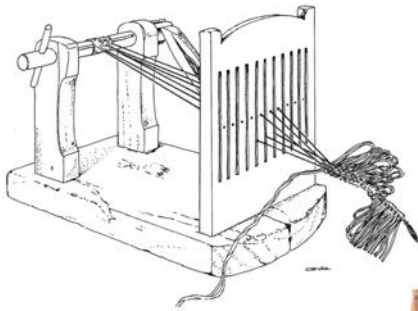


FIGURA 105
Telar de flecos documentado en
A Fraga (Lobeira, Ourense).

FIGURA 106.
Telares de flecos con pedales
(Museo Comarcal de A Fonsagrada).



Hortensia de Carracedo (Oleiros, Vilalba, Lugo) usaba un telar de flecos con el peine de ranura y agujero, pero dispuesto en sentido horizontal, de manera que para abrir la calada lo hacía con desplazamientos horizontales de la urdimbre.